

LA PLUMA

ARTES

CIENCIAS

LETRAS



REVISTA MENSUAL
DIRECTOR
ALBERTO ZUM FELD

LA PLUMA

REVISTA MENSUAL

DE CIENCIAS - ARTES Y LETRAS

ALBERTO ZUM FELDE
Director

BERTANI, ELGUE & Cía.
Editores



Redacción y Administración
18 de Julio, 985

Año I - Volúmen I
Agosto de 1927

MONTEVIDEO

J. FLORENSA, Imp.—Cerrito 740

BIBLIOGRAFÍA

"LA EPOPEYA DE LA CIUDAD"

Poemas montevidéanos por Emilio Frugoni

Emilio Frugoni ha dado, en esta obra, una prueba más de su personalidad proteica.

Romántico en sus primeros libros, amaneció más tarde en cantos rojos, ofrendándonos "Los Himnos", en muchas de cuyas páginas encuentran los ojos, frutivamente, madureces definitivas.

"La Epopeya de la Ciudad" es la culminación de la labor emprendida en sus "Poemas Montevidéanos". La urbe moderna se nos presenta en su desnudez vertiginosa: Es Montevideo, la Montevideo ingenua de nuestros abuelos gringos, con sus calles románticas y su modorra colonial; la Montevideo precipitada de nuestros días, crucificada de autos, estirada de rascacielos, con palacios que van a hacerle cosquillas a las nubes... Es nuestra ciudad la que aparece en este libro: con la serenidad virgen de sus playas; con sus cementerios-jardines, nudos fragantes de la vida y la muerte; con sus barrios pobres, donde la miseria baila un tango compadre de veinte años o se arrastra con las manecitas sucias y ateridas de un "pibe" sobre las baldosas náufragas de un conventillo; con sus calles céntricas, donde los letreros luminosos, al anochecer, como una pedestre constelación ciudadana, acercan un cielo de colores y anuncios, a la miopía espiritual del peatón burgués.

Y Frugoni canta a Montevideo, "barrio del Universo": su canto tiene la irregularidad zigzagueante de la arquitectura ciudadana. Es un

error buscar en él, desarticulada, aisladamente, la sensibilidad, o la potencia imaginativa. Frugoni es el poeta de la sensación; entiéndase bien: nos da en cada poema, además de la evocación que lo empuja o de la imaginación que lo exhibe, la sensación de nuestra vida urbana. En este sentido, Frugoni nos parece un observador formidable; lo cual, si resulta un elogio, no por ello deja de perjudicar al lírico: a veces comprendemos que el tema no va hacia el poeta, sino que el poeta va hacia el tema.

Una característica de Frugoni, es esa extraordinaria capacidad de adaptación que posee: su verso es sonoro, enérgico, desigual, cuando canta la ciudad vegetativa y multiforme; conmovido y romántico, cuando evoca el Montevideo que todavía mira hacia el pasado; indignado y viril, cuando la miseria le salpica los ojos con su hediondo puñado de cieno.

El poeta nuevo; el poeta romántico; el poeta social. He aquí los tres hombres que coexisten (porque estos poetas son hombres) en el autor de "La Epopeya de la Ciudad", en este moderno "paseante solitario" que viaja en autobús y en tranvía y que recoge la visión de la metrópoli en sus versos ardidos de la inquietud del siglo.

En síntesis: es éste un libro cinematográficamente sensorial.

Frugoni es, en él, más objetivo que lírico. Si de vez en cuando no saltara en la febrilidad de sus cantos, inesperadamente, la voz del corazón, el "aquí estoy" del hombre, afirmaríamos que su libro es esencialmente objetivo. Y, por objetivo, es una epopeya, una epopeya al margen de la retórica, cuyo interés histórico, está en la exaltación de la vida montevidéana;

cuyos protagonistas son los héroes rudos y anónimos del esfuerzo fecundo; cuyos elementos maravillosos residen en la aparición extra-mitológica de esos dioses de acero que jadean por las calles de la tierra y del espacio.

La tendencia nueva se sintetiza vigorosamente en "El Canto de los Riachuelos"; la romántica o sentimental en "El Canto de los Barrios Pobres" y la social en el admirable "Canto de los Conventillos".

Nos gustan, también, "El Canto del Entierro" y el del Canillita. "El Canto de los Inmigrantes" es una página trémula y emocionada.

Sin embargo, es bueno hacer resaltar que esas tres tendencias señaladas, no están divorciadas entre sí; coexisten, como ya digimos.

Es, el de Frugoni, un libro que montevideño, que nos hace andar, echado hacia atrás el sombrero de la imaginación, por la ciudad que cada día nos conoce menos y que, civilizadamente soberbia, va empujando los horizontes...

"PARACAÍDAS"

Poemas de Enrique Ricardo Garet

Enrique Ricardo Garet es el poeta del dinamismo desencantado. Y esta afirmación inicial es demasiado exacta para resultar paradójica. El autor de "Paracaídas" nos presenta un dualismo sorprendente: Por una parte, una estética psicológica; por otra, una dinámica realización estética.

Enrique Ricardo Garet pasea, en sus versos, su aburrimiento desalentado... y nocturno; pero, entre la fauna cafetera, su nota es demasiado "humana" para que la confundamos con la de tanto trasnochador cursi y somnífero.

"Paracaídas" es un libro despreocupado. Carece de la depuración artística que el poeta hubiera podido darle. Sin embargo, sus poemas tienen que gustar por la desnudez atrevida de la imagen; por la emoción desintegrada; por la sensación ágil y novísima.

Y este desencantado, que va de café en café, como un marinero del absurdo, sudoroso de polos y helado de Ecuadores, nos dice en su inquietud desgarradora y extranjera:

"sobre un vacío tremendo voy alzando mi lámpara"
"para"...

Dos notas fundamentales caracterizan este libro: la primera nos presenta al lírico trasnochador al "alucinado vagabundo", al

"caminante que no llega nunca,
como si el camino también caminara"...
al que caerá hasta el fondo del agua más negra,
"para no subir más, para no subir más!..."

La segunda es la del poeta saltarín y dinámico, de imaginación amanecida, de sensibilidad nueva y siempre interesante. Veamos: la puerta de la cantina se ha puesto en la boca, el pestillo

"para hacerlo sonar como un claro instrumento..."

Las sillas en el café, alrededor de las mesas desiertas, "se sentaron para tomar silencio".

Las carpas "están triunfando al sol
como si fueran trajes
de las últimas rocas que se echaron al agua!"

Toda una feria de imágenes vivas alegra los ojos, pero entristece el alma. Tras la pintura del payaso, está la vieja mueca del hombre.

Y, para terminar, una observación. Recientemente, en Buenos Aires, mientras vagábamos matinalmente, me decía Jorge Luis Borges, hablando de poetas del Uruguay, que el libro de Garet le había agradado, especialmente con un poema, "La Perrera", agregando, no obstante, que creía hallar en el autor de "Paracaídas", cierto parecido con Silva Valdés. Yo creo, como se lo expresé, que el personalísimo intelectual argentino se equivoca. Garet es muy distinto a Silva. No tiene la madurez imaginativa de éste; pero sus imágenes, a veces tan originales como las del cantor de "Poemas Nativos", no son, como en éste, un fin. En Garet existe el buceo anímico, la ojeada introspectiva que quita superficialidad a sus versos y hace de "Paracaídas", uno de los buenos libros del año.

R O B E R T O I B A Ñ E Z